

## “Príncipe de la muerte” Prólogo a la primera edición

Mito o realidad, producto del imaginario popular de otro tiempo, por el contrario, figura verdadera de nuestra historia, lo cierto es que la vida de Montenegro, el protagonista de este libro, ha motivado numerosas polémicas, así como también diversas conjeturas y no pocas disquisiciones más o menos filosóficas, en especial durante las dos últimas décadas del siglo pasado, cuando en los círculos intelectuales y políticos del Río de la Plata comenzaban a descubrirse, con esa amplitud de perspectivas que suele otorgar el tiempo, los horrores e infamias de la guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay. En todas esas polémicas, conjeturas y disquisiciones, Montenegro era presentado como un personaje malvado pero sin carnadura, un marginal dedicado al crimen sin una instancia que revelara su textura humana, rescatando así de lo anecdótico sus perfiles más esenciales.

Cuando en 1985 comencé a investigar en los archivos oficiales con la intención de escribir una biografía de Montenegro, descubrí que de él apenas si se conocían algunos episodios en los que había participado, casi todos relacionados con su funesta actuación como asesino a sueldo, contratado por el



La princesa María Luisa según algunos era prima de Albertine, la joven de la historia.

entonces presidente argentino Bartolomé Mitre. El resto era un muestrario de contradicciones flagrantes, de hechos falsificados con el propósito de forzar las interpretaciones y de datos ocultos a la consideración pública.

No era para menos: la historia verdadera parecía demasiado escandalosa como para ser divulgada. De modo que hacia 1880 en el Río de la Plata nadie se había dado por enterado, por ejemplo, de las implicancias de Montenegro en el llamado “crimen de Martorell”, hecho

ocurrido en Montevideo en el invierno de 1861, o de sus estrechos vínculos con algunas familias del patriciado porteño y en especial con Domingo Faustino Sarmiento cuando éste era Director General de la Guerra, o de su decisiva participación en la captura, muerte y posterior decapitación del general riojano Angel Vicente Peñaloza, el célebre “Chacho” de las montoneras.

Pero las oscuridades iban mucho más atrás: ¿quién era Montenegro? ¿Cuál era su verdadero nombre? ¿Qué relaciones de complicidad o compadrazgo había logrado establecer en Buenos Aires para llegar a revistar bajo las órdenes del mismísimo Sarmiento?



Sarmiento, el “patrón” que contratara a Montenegro como sicario.

Un prolijo relevamiento de la Biblioteca Nacional, en Montevideo, me mostró con claridad que era poco y nada lo que se conocía de Montenegro o que, en todo caso, ese conocimiento había sido ocultado durante más de un siglo.

Algunos acontecimientos posteriores vinieron a confirmar esta última hipótesis. Cuando intenté investigar en Buenos Aires y comencé preguntando por el paradero de ciertos documentos de época todavía no exhumados de colecciones privadas, hallé no sólo reparos sin también veladas amenazas. Montenegro era, al parecer, uno de esos oscuros personajes que todo el mundo utiliza y que, al final, terminan siendo incómodos y comprometedores. Tal era el caso, desde los federalistas empeñados en reivindicar de una buena vez las figuras de Rosas y de Urquiza hasta los liberales más intransigentes, aquellos que todavía hoy guardan, con desprecio por la historia, el buen nombre de Mitre y la trayectoria política de Sarmiento, como si ambos paladines necesitaran esas custodias.

Las dificultades en la investigación me entusiasmaban, al tiempo que me alejaban de la ortodoxia de los estudios biográficos. Así fue que pude armar, a partir de pequeñas pistas o de gratas casualidades, una especie de itinerario que pasaba por ciudades de tres continentes convertidas de pronto en escenarios de la historia escondida detrás de la Historia. La mayoría de los apuntes de esta etapa terminaban por mostrar los insospechados recaladeros para un personaje ambiguo y fatídico que se iba transformando, a medida que avanzaban mis pesquisas, en un casi increíble aventurero rioplatense del siglo XIX, capaz de robarle a los franceses, de burlar a la policía sarda, de conspirar en La Habana

con el general Narciso López para después desaparecer en el ojo de una tempestad. Capaz, al fin y al cabo, de establecerse en Buenos Aires para ser una pieza clave en el engranaje represivo de los liberales porteños.

No estuve solo en esa agobiante búsqueda de información: el historiador argentino León Pomer me narró con lujo de detalles las correrías de Ambrosio Sandes en La Rioja y me explicó en qué consistía el método de degollamiento conocido como “violín-violón”. El ya fallecido coronel Arturo Capdevilla me facilitó algunos recortes de prensa y varias cartas de su correspondencia familiar, todas fechadas en San Juan y en Albardón entre junio de 1862 y diciembre de 1863. La socióloga y criminalista italiana Francesca Rossi, de la Universidad de Bolonia, fue a la distancia una entusiasta colaboradora. Ella no tuvo reparos en enviarme fotocopias del expediente archivado en Génova, con los entretelones del proceso que se le iniciara a Montenegro en 1843. También pude husmear en la amarillenta papelería que aún conserva de la Capitanía General de Cuba, donde aparecieron luego de arduo trajín algunos autos del procesamiento *in absentia* dictado contra Montenegro, a quien se acusó en 1851 de “contrabando de armas, conspiración contra la Corona, rebelión y homicidios varios”.

Dos años largos de estudios e inquisiciones me habían alejado mucho de la biografía, peor terminaron por pura obsesión por colocarme en los umbrales de una novela. La forma en que traspasé ese

umbral fue fortuita y, tal vez por eso mismo, para mí tuvo casi el carácter de una revelación. Un amigo de la doctora Rossi, el poeta brasileño Adhemir Barthelemy, enterado de mis proyectos, tuvo la gentileza de enviarme información acerca de una rareza bibliográfica que quizá fuera de interés. Se trataba de los llamados Libros de Olinda, que en realidad son una colección de crónicas anónimas de mediados del siglo XIX, en las que se narran algunos acontecimientos de la conquista y colonización de los territorios portugueses de ultramar. Cuando pude por fin consultar el citado volumen (gracias a la cooperación de la revista *Cahiers Luso-brésiliens*), encontré que en el libro séptimo se relata la historia de una princesa de los Habsburgo, protegida por la casa de Braganza por razones desconocidas, quien en 1813 protagonizó un verdadero escándalo en la corte brasileña de Don Juan al fugarse rumbo al sur con un capitán del cuerpo de Cazadores del Rey. La princesa, bastarda al parecer, se llamaba Albertine y estaba emparentada con la condesa Augusta de Niemè. El capitán desertor se llamaba Rodrigo Montenegro.

La existencia de Montenegro ha sido puesta en tela de juicio en numerosas ocasiones, ateniéndose a la falta de documentación y elaborándose la teoría de que los terribles crímenes cometidos por los partidario de Mitre en todo el ámbito del Plata entre 1860 y 1865 fueron en realidad simples labores de policía. Así, el llamado por Sarmiento “Príncipe de la muerte” no sería sino una invención destinada a proteger la

identidad de los verdaderos criminales.

Más allá de las objeciones que se le pueden hacer a dicha teoría, vale la pena reflexionar acerca del sentido que ha cobrado con el transcurso de los años esa evasiva figura incrustada de manera irremediable en nuestro pasado: la historia, a veces, se nos muestra como una cruel cadena de repeticiones y, cuando intenta bucear en las profundidades de hechos ocurridos hace mucho tiempo, puede con sorpresa hallarse ante semejanzas dolorosas y enseñanzas mal aprendidas. La vida de Montenegro, su dilatada aventura y su prolongado negocio con la muerte, acaso no hayan sido más que el temprano signo de un cierto paradigma rioplatense. Desentrañar el sentido último de ese paradigma puede servir para conocernos mejor, para querernos más, para vanagloriarnos menos. Intentarlo a través de una ficción significa apenas reconocer los límites de la empresa.

*Montevideo, invierno de 1992.*



Ambrosio Sandes, el coronel uruguayo que inventó el degollamiento llamado "violín-violón".

